

Efectos personales de Juan Villoro

Ignacio Solares

Juan Villoro encuentra definiciones certeras para cada autor o libro que trata en *Efectos personales*. Así, por ejemplo, de *Pedro Páramo* dice:

“La trama abunda en muertes y traslados, pero las acciones ocurren en un tiempo que nunca acaba de suceder”.

De Carlos Fuentes:

“Los personajes de Fuentes no están muertos como los de Rulfo; coexisten con lo que serán al morir y al sobrevivirse: su propio cadáver, su propio fantasma”.

De Arthur Schnitzler:

“A semejanza de los personajes de Proust que saben que el buen gusto sólo es absoluto si conlleva una pizca de escándalo o vulgaridad, Schnitzler supo lucir con elegancia el *estigma* de su obra teatral *La ronda*”.

De Thomas Bernhard:

“Uno de los rasgos más contradictorios y sugerentes de este esteta del repudio: su idioma es un ejercicio de sensualidad. Naturalmente, no va en pos del otro sino de sí mismo; un erotismo literario que descarta las escenas eróticas”.

De Nabokov:

“La obra entera de Nabokov es una reflexión sobre la inapresable sustancia del tiempo. Mientras ocurren, las anécdotas preservan su misterio; sólo a través de la memoria, cuando ya resulta imposible alterar sus ácidos designios, podemos otorgarles coherencia imaginaria”.

Y, en fin, ésta admirable de Italo Calvino:

“La obra entera de Calvino se ordena en torno a la mirada”.

A partir de este afán definitorio al que nos conduce Villoro —tan contrario al *juicio* literario—, no es difícil deducir que el elemento que hace de *Efectos personales* un libro admirable, coherente y armónico, es el elemento poético. Importa en especial tratándose de un libro de ensayos literarios. Porque el juicio de un crítico literario ante un autor o un libro determinado es, por lo regular, anterior a la escritura. Por el contrario, lo común es que un poeta —en el sentido más pleno del término— encuentre *su verdad* mediante la escritura misma. Para aquél, el acto de escribir es el acto final, la operación a través de la cual expresa lo que previamente quería manifestar. Para el poeta, el acto de escribir es el principio y sólo al materializarlo en palabras sabrá lo que quería decir. En el primero, el elemento racional es determinante, en el segundo prevalece lo inconsciente y lo intuitivo.

Pero el poeta puede realizar crítica literaria con ese mismo principio y el resultado es siempre, de alguna manera, un acto poético. Nuestra literatura está llena de ejemplos ilustres. Basta mencionar a Alfonso Reyes, a Octavio Paz, a Juan José Arreola o a José Emilio Pacheco. Sus notas nos sorprenden en ocasiones por *lo que agregan*, casi

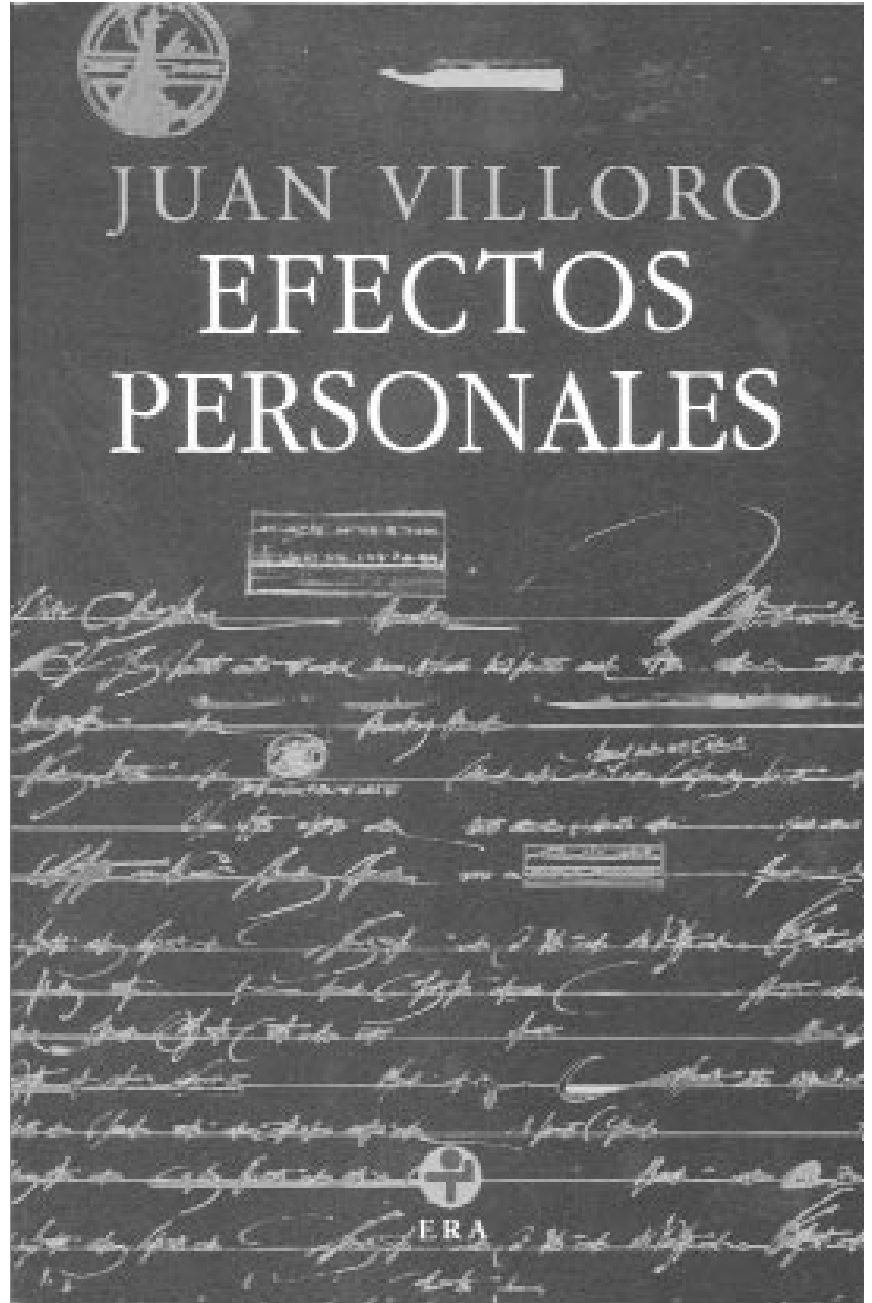
en forma insospechada, al tema tratado. Por eso son quienes mejor entienden a los otros poetas, a sus poetas elegidos. Al escribir sobre ellos, se escriben —y describen— a sí mismos. Villoro lo dice él mismo en su nota introductoria:

“Los ensayos literarios se ocupan de voces ajenas, delegan las emociones y los méritos en el trabajo de los otros; sin embargo, incluso los más renuentes a adoptar el tono autobiográfico delatan un temperamento. Como los efectos personales, entregan el retrato íntimo y accidental de sus autores”.

¿Qué puede haber de común en ensayos que van de Juan Rulfo, Alejandro Rossi, Sergio Pitlor o Carlos Fuentes, a Arthur Schnitzler, Italo Calvino, Thomas Bernhard o Valdimir Nabokov? Lo que hay de común es que todos estos autores forman, así leídos y analizados, un mundo particular, con leyes y elementos propios: el mundo de Juan Villoro. No sabría decir por qué ni en qué momento exactamente, pero a lo largo de *Efectos personales*, sentí rondar y asomarse por entre líneas a Mauricio Guardiola, de *Materia dispuesta*, o a Antonio Suárez de *El disparo de Argón*, o a algunos de los personajes de los cuentos de *La casa pierde*, libros anteriores de Villoro.

Habría que insistir en el ingrediente de la poesía, que al fin de cuentas, me parece, da rumbo al libro. En su ensayo sobre *Tirano Banderas* de Valle Inclán, Villoro cita a José Emilio Pacheco: “Acaso (Valle Inclán) fue el primer escritor de lengua española que comprendió que, para sobrevivir en el mundo moderno, la novela iba a regresar al suelo común de la poesía”. Otro tanto podría suceder con el ensayo literario. Poco nos importan los juicios tajantes o el desmenuzamiento minucioso y exhaustivo de ciertos libros, en tanto que hay apuntes luminosos sobre ellos que nos los develan de golpe. (“Algo” del libro de Villoro me puso a leer a Thomas Bernhard, autor que hasta entonces, la verdad, me era bastante antipático.)

En la enorme producción literaria de nuestros días —en la que predomina lo *prosaico*—, la línea de raíz y método poéticos representa un salto solitario a cargo de unos pocos en quienes el sentido especial de su experiencia y su visión se da a la vez como necesidad narrativa (por eso son novelistas) y como reflexión sobre autores que les son cercanos, que nos vuelven cercanos. ①



“Los ensayos literarios se ocupan de voces ajenas, delegan las emociones y los méritos en el trabajo de los otros”